

La calumniada vocación intelectual de Luperón¹

Santiago Castro Ventura²

Una de las más vehementes cualidades de Gregorio Luperón fue su combatividad, que no quedó sepultada con su cadáver el 21 de mayo de 1897 porque su personalidad de intransigente anticolonialista ha permanecido incólume a través de sus ideas, que todavía concitan el enorme interés que enardecía a sus coetáneos cuando pronunciaba sus discursos, con sus atributos innatos de orador grandilocuente. No obstante, cierta intelectualidad embriagada con un academicismo ortodoxo, no le perdona que por su humilde ascendencia autodidacta se le estime como un pensador político-social.

Ciertamente su *curriculum* académico se limita a la docencia recibida en una endeble escuela elemental puertoplateña y su intuición natural, aleccionada con la retama de los arriesgados combates donde aprendió a libar el néctar del patriotismo puro, constituyeron sus universidades.

Es innegable que aunque se proyectó como un patriota corajudo, desde un primer instante evidenció su indudable

1. Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia la noche del 19 de mayo de 2006.
2. Miembro correspondiente nacional de la Academia Dominicana de la Historia.



vocación intelectual. Ya lo vemos en su condición de joven imberbe aprovechando la biblioteca rural de Pedro Eduardo Duboc, leyendo obras de matices muy selectos como las de Plutarco, y aprendiendo empíricamente medicina con un *Tratado de Patología General*. Esto podría inducirnos a creer que se trata de una conseja para atribuirle cierto valor intelectual. No obstante, la sumaria de un fiscal español que en marzo de 1863 solicitaba que lo condenaran a la pena capital en contumacia, nos confirma que pudo disimular su presencia en Sabaneta (Santiago Rodríguez) fungiendo de médico (aprovechando sus lecturas de Patología General) hasta el extremo que el fiscal le imputaba que se hospedaba en la casa del cura con el nombre de Eugenio de los Santos, el médico. Comentaba el fiscal que:

“Quedó Sabaneta sin médico, pero cuenta con un general más que afiance sus descabellados designios”.³

En su tarea de médico improvisado no fue descubierto al no realizar imprudencias iatrogénicas, lo que significa que asimiló lo aprendido en sus estudios empíricos de medicina.

Continuando con el olor a pólvora que caracterizó la epopeya Restauradora, es pertinente discurrir en torno a los calificativos que le endilgó el oficial español José Velasco Postigo (quien fue prisionero de los dominicanos en Santiago), cuando sentenció, que éste era un *“tribuno solapado de los hombres de color”*.⁴ Velasco, fue el primero de sus adversarios que observó la

3. Emilio Rodríguez Demorizi. *Próceres de la Restauración*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1963, p. 79.
4. Emilio Rodríguez Demorizi. *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865*. Santo Domingo, Editora del Caribe, Santo Domingo, 1963, pp. 98-99.



condición de tribuno en el héroe, su elocuencia espontánea que tantos comentarios provocaría en lo sucesivo.

Otro oficial español también prisionero de los dominicanos, Adriano López Morillo, en 1891 de tránsito en Puerto Rico, tenía el propósito de escribir sus memorias sobre la aventura anexionista, lo ubicó en el exilio en Saint–Thomas, y le solicitó le enviara su versión sobre la guerra dominico-española, López Morillo apuntó para la historia que Luperón:

“Satisfizo mis deseos y me remitió una interesantísima relación de grandísima exactitud en el fondo, con elevado estilo escrita y revelando en cada párrafo que el Luperón de 1891 no era el de 1863. Agradecile su bondad porque además de su condescendencia me proporcionaba el más precioso material que pueda haberse escrito en el campo contrario”.⁵

En otro párrafo acentuaba que la memoria enviada por Luperón era superior a la que había publicado Benito Monción:

“La de Luperón está escrita con todo rigor intelectual de un hombre en toda la plenitud de sus facultades y aunque oculta lo que le conviene, en nada falta a la verdad y hace justicia a tirios y troyanos”.⁶

López Morillo, quien en el desarrollo de su obra tilda de ignorante al Luperón de 1863, al enérgico comandante revolucionario, tres décadas después, con la solemne serenidad derivada de ese vasto pretérito, descubre al intelectual que le

5. Adriano López Morillo. *Memorias Sobre la Segunda Reincorporación de Santo Domingo a España*, Tomo I. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 198, p. 190.

6. *Ibidem*.



fue imposible percibir bajo el torrencial y riesgoso tableteo de las balas, llegando a proclamar que:

“En 1865, Luperón carecía, por deficiencia de educación, de sentimiento conciente, reflexivo, equilibrado y culto. Más adelante, los años, los viajes y el estudio verificaron en él un notable cambio (...)”.⁷

Olvidaba que su educación fue autodidacta, aunque es innegable que en ese trayecto había obtenido mucho provecho por sus vínculos intelectuales con Manuel Rodríguez Objio, José Gabriel García, Pedro Francisco Bonó, Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances, y que en aquellos momentos en que escribía su autobiografía no podía contar con ninguno de éstos portentosos intelectuales, pues sufría un doloroso exilio solitario.

Dos instruidos oficiales españoles, dejaron sentado ante la historia que su odiado contrincante de la guerra, era un tribuno, como lo calificaron Velasco y López Morillo desde su punto de vista estimaron que posteriormente alcanzó un notable bagaje intelectual.

Al finalizar la contienda patriótica, Melitón Valverde (miembro del cuerpo diplomático del Gobierno Restaurador) le obsequió el libro *El Hombre Feliz*, del literato portugués Teodoro Almeida Garret, con la siguiente dedicatoria: “*Al bravo entre los bravos de Capotillo*”.⁸ Valverde, en aquellos instantes inhóspitos, antes que halagarlo con una hermosa carabina Rémington, o una Springfield de retrocarga, le regalaba un libro de literatura. Auscultó que ese héroe epónimo,

7. *Ibidem*, Tomo III, p. 202.

8. Juan Vicente Flores. *Lili, sanguinario machetero dominicano*, 2ª ed. Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2006. p. 112.



no sólo estaba adornado por las habilidades que inspira el fusil, sino por una creciente vocación intelectual.

Durante los “Seis Años de Báez”, en su prolija correspondencia con José Gabriel García, siempre dedicó un espacio para comentar algún tipo de publicación política o literaria.

Al retornar al país en 1874, decidió integrarse a entidades educativas y socio-culturales como *La Liga de las Antillas*, *El Fénix*, *Liga de la Paz*, y *La Educadora*, que fundó junto a Eugenio María de Hostos. En 1875 publicó su opúsculo *El Destierro* y ni siquiera sus más enconados antagonistas cuestionaron la autoría de este ensayo.

En este período se incrementó su fama como orador que conmovía multitudes y las reuniones de la sociedad *Liga de la Paz* fue el escenario para sus múltiples discursos en torno a temas políticos y literarios, hasta el extremo que el Gobierno de Ignacio María González, instruyó al jefe de la policía puertoplateña para que asistiera a escuchar sus fogosas exposiciones e informar sobre el particular.

El entonces joven y futuro literato Federico García Godoy, era uno de los asiduos al convite político-literario de la *Liga de la Paz*, y escribió para la historia, que:

“Aquella potente sociedad política se reunía en la sala espaciosa, de baja techumbre, en algunas ocasiones insuficientemente alumbrada del colegio San Felipe, y aún me parece contemplar la abigarrada multitud que allí se congregaba, siempre muy numerosa cuando asistía a las sesiones el general Luperón. Cada vez que éste peroraba, y lo hacía con frecuencia, su palabra vibrante, encendida, de vigorosa entonación, a veces incorrecta y premiosa; pero expresión sincera y fuerte de su alma varonil y entusiástica; como que esparcía átomos igneos que caldeaban el ambiente



*de la vasta sala, encrespando los ánimos que se desbordaban en un torrente impetuoso de aplausos y aclamaciones”.*⁹

Aunque calificó la exposición de “*a veces incorrecta y premiosa*”, sostuvo que caldeaba el ambiente de la sala con sus intervenciones.

En relación con esa elocuencia en la exposición de sus ideas, es pertinente recurrir al Padre Castellano, que en su condición de asistente de monseñor Meriño, logró reunir muchas informaciones sobre el héroe. Dijo:

“Luperón hacía lo que quería del auditorio: conmovía a las mujeres hasta hacer que derramaran lágrimas y enardecía los hombres, poniéndolos con su cálida palabra en el caso de cumplir valientemente sus deberes cívicos, y a los soldados llevábalos a la victoria o al martirio heroico.

Su cuerpo era de orador: robusto, hermoso, de porte muy simpático; su rostro muy agradable y su voz de Hércules. Cuando se levantaba en la tribuna, electrizaba al auditorio y se lo ganaba inmediatamente.

*Y fue un orador que nunca escribió discursos, siempre los improvisaba; por esta razón no han podido conservarse sus piezas oratorias”.*¹⁰

Cabe acentuar que intelectuales prominentes como monseñor Fernando Arturo Meriño, Federico García Godoy y Rafael Castellanos, insistieron en las cualidades extraordinarias en la oratoria que adornaban las exposiciones de Luperón,

9. Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles de Espailat. Para la historia de las Ideas Políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, p. 425.

10. Rafael Castellanos. *Obras*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1975, p. 493.



condición anegada posiblemente por la preponderancia de sus epopeyas patrióticas.

Francisco Antonio Gómez y Moya, recordando la época en que los exiliados antililistas se reunían convocados por una Junta Revolucionaria en Saint-Thomas, para coordinar las actividades contra *Lilis*, indicó que cuando Luperón habló “*todos nos sentimos pequeños ante el hombre*”.¹¹

Alejandro Woss y Gil (el *alter ego* de *Lilis*) no olvidaba que su voz tenía algo así como un fluido magnético.¹²

No se deben soslayar sus viajes por Europa, sus vinculaciones con personalidades como Víctor Hugo, recordando que llegó a dominar los idiomas inglés y francés.

A partir de 1879, cuando se hizo evidente su preponderancia a nivel de la supraestructura político-jurídica del Estado, de inmediato procedió a otorgar preeminencia a la educación. Ordenó crear escuelas en los cuarteles, atestados de analfabetos y también una academia militar, ordenando la subvención oficial para todos los periódicos, sin importar que fuesen opositores al gobierno.¹³

En este lapso produjo su mayor contribución en este orden, el auspicio de la Escuela Normal, que dirigió Eugenio María de Hostos, propiciadora de una revolución educativa, que se mantuvo enfrentando todas las adversidades hasta el 1888, año de la definitiva caída en desgracia de Luperón, que motivó la virtual salida al destierro de Hostos.

11. Rufino Martínez. *Hombres Dominicanos: Deschamps, Heureaux, Luperón*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1936, p. 186.

12. *Ibidem*.

13. Santiago Castro Ventura. *Andanzas Patrióticas de Luperón*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, p. 215.



Para 1882 el benemérito patriota e intelectual Pedro Francisco Bonó, acusó recibo de una comunicación de Luperón desde París, y le manifestaba:

*“Sólo un dominicano tan puro como Ud. podía en medio de esa vorágine de ideas nuevas, de ruido y de placer, llamada París, entregarse a la lectura de mis mal coordinados **Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas** y aún así y todo era preciso la mucha amistad que le merezco para ponerle tanta atención y atraerme elogios que sólo los merece la mucha buena voluntad que puse en dar a conocer los esfuerzos de mis conciudadanos en el trabajo material o económico”*.¹⁴

Luperón no sólo se refirió al recibo de la obra, sino que hizo un minucioso comentario de su temática.

Bonó apreciado por todos ante sus portentosos aportes a los estudios sociales nacionales, en 1884 clasificó a Luperón entre los intelectuales de su nivel, cuando le manifestó en una carta al padre Cristinacce, que:

“Sin cumplimientos, mi querido, yo no he visto, después de la muerte de Espaillat, de Rojas y de otros contemporáneos, yo no he visto más que a Ud., al General Luperón, a Hostos y a tres o cuatro que están a la altura de las opiniones y de los estudios en que yo me he colocado para considerar nuestros asuntos”.¹⁵

No se trataba de una actitud petulante y, aunque su nivel político-educativo y cultural, era muy exiguo, lo significativo es que Luperón siempre fue distinguido como parte de la elite intelectual de la época.

14. Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la Historia de las Ideas Políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1964, p. 460.

15. *Ibidem*, p. 518.



En el período de la égida del Bando Azul, Luperón cometió uno de sus más caros errores, refrendar el suspicaz ascenso de Ulises Heureaux (*Lilis*), su antiguo y fiel asistente.

La audacia fingida de *Lilis* no le permitió detectar a tiempo el fardo de ignominia que éste representaba. De inmediato esto provocó que la juventud democrática e intelectual que de inmediato ubicó el verdadero ropaje de *Lilis*, adversara al héroe de modo enconado, por su postura equivocada como lo hicieron Eugenio Deschamps, desde las páginas del periódico *La República*, y Juan Vicente Flores, en el *Propagandista*; las disensiones fueron tan acerbas, que entre Luperón y Flores se produjo un lamentable lance, en el que Flores resultó herido.

Pese a las agudas diferencias, ninguno de ellos lo acusó de plagiarlo, nunca lo descalificaron como intelectual. Todo lo contrario, una vez juntos en el exilio, reconocieron sus méritos intelectuales, como lo dejó claramente definido ante la historia Juan Vicente Flores, en múltiples citas en su obra *Lili, el sanguinario machetero dominicano*. Es pertinente evocar una de sus definiciones sumamente objetiva sobre la personalidad epónima de Luperón, cuando acotó:

*“Decir se puede bien, que Luperón realizó en su vida dos empresas sucesivas, de resultados igual y altamente honrosas para su persona, no siendo la segunda sino el remate y complemento de la primera; consistió ésta en principiar la fábrica de su propio nombre y reputación; y aquella, en completarla; valióse para la una, del estudio, como se había servido para la otra, de la espada; con ésta dejó los caracteres de su nombre indeleblemente grabados en el mármol de la historia (...)”*¹⁶

16. Juan Vicente Flores. Ob. cit., pp. 62-63.



Definiéndolo en su condición intelectual, sostuvo:

“Ninguna duda cabe de que supo Luperón, por el genio, y, si no gustarle tal palabra, digamos más bien por el talento, y si tampoco ésta, por la inteligencia natural, o el carácter, levantarse a más altura que los otros campeones eximios de la Restauración”.¹⁷

José Ramón López, otro de los jóvenes que en principio rivalizaron con Luperón, al definir sus rasgos físicos, como individuo, manifestó en torno a sus cualidades oratorias:

“(...) Luperón murió con las más hermosa voz de barítono que jamás se haya oído en boca dominicana”.¹⁸

En 1895, Luperón desde el exilio se dirigió a Pedro Francisco Bonó, solicitándole datos personales sobre Espaillat, porque para ese período estaba inmerso en la redacción final de su *Autobiografía*, manifestándole:

“Al mismo tiempo aprovecho de su benevolencia, para pedirle a Ud. con mucho empeño, una copia de la carta que nuestro inolvidable amigo Don Ulises Espaillat dirigió a González a La Vega cuando la memorable Evolución. Cuyo documento me hace notable falta para completar una biografía que escribo de aquel que fue tan buen patriota y excelente amigo”.¹⁹

Por estar empeñado en la redacción de su obra, de igual modo solicitó documentación a otros intelectuales y combatientes restauradores, procuró la colaboración de

17. *Ibidem*, p. 111.

18. Andrés Blanco (Ed.). *José Ramón López. Escritos Dominicanos. 1896-1908*, Tomo I. Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2005, p. 169.

19. Emilio Rodríguez Demorizi. *Papeles de Pedro F. Bonó...*, p. 571.



Betances (que residía en París) para publicarla; Betances le respondió que era muy difícil conseguir editores.²⁰ Luperón que no se rendía ante ningún obstáculo continuó con su proyecto hasta concretizarlo.

De modo erróneo, intelectuales admiradores de Luperón como el profesor Juan Bosch, han emitido opiniones inválidas cuestionando la autoría de sus *Notas Autobiográficas*. Bosch estimaba que:

*“Las Notas Autobiográficas que aparecen bajo el nombre de Gregorio Luperón no fueron escritas por él. Esas notas fueron escritas por otras personas, principalmente por el poeta Rodríguez Objio”.*²¹

Craso yerro, Luperón emprendió la redacción de su obra en la década del noventa; para la época habían transcurrido más de veinte años del execrable fusilamiento del poeta-mártir Manuel Rodríguez Objio.

Tampoco pudo ayudarlo Eugenio María de Hostos, que estaba en Chile; Bonó, Meriño y José Gabriel García residían en Dominicana; Betances en París. En el exilio sólo podía contar con los jóvenes intelectuales antiguos adversarios como Flores y Deschamps.

Ciertamente el intelectual Luperón tenía limitaciones derivadas de su formación y es indudable que necesitó de colaboradores escribanos para la redacción de su obra, como lo confirmó su hija Luisa Luperón, cuando señaló, que su padre:

20. Haroldo Dilla y Emilio Godínez. *Ramón Emeterio Betances*. La Habana, Casa de las Américas, 1983, p. 263.

21. Juan Bosch. *Conferencias y Artículos*, 4ª ed. Santo Domingo, Editora Corripio, 1987, p. 169.



*“Quiso que yo lo ayudara un poco, él dictándome y yo escribiendo. Y así se hizo. La apología del general Santana fue casi toda escrita por mí y dictada por Luperón”.*²²

El profesor Bosch emitía sus juicios para contrarrestar conceptos de Joaquín Balaguer, quien en su libro denominado *Los Próceres Escritores*, sobrestimaba las condiciones de escritor de Luperón.²³ Tenía razón el profesor Bosch, porque tampoco es prudente dimensionarlo más allá de sus reales esfuerzos intelectuales, y esto se deja entrever en la obra de Balaguer, quien aunque de modo discreto dice que no era propiamente un escritor.²⁴

Desde ese punto de vista Bosch estaba en lo cierto, a Luperón antes que considerarlo un gran escritor, hay que tomar en cuenta que, sus méritos esenciales están constituidos por su patriotismo intransigente y su anticolonialismo; quien lo pretenda desvirtuar, atenta contra su aspecto básico.

El ilustre historiador Leonidas García Lluberes, engegucido por la adversidad histórica que le mereció Luperón, llegó a cuestionar la autoría de su obra, con el siguiente alegato:

“El Gral. Gregorio Luperón, cuya celebridad histórica se afianza sobre todo en su autobiografía, escrita apócrifamente,

22. Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón. “Ana Luisa Luperón. Memorias”. *Isla Abierta*, Suplemento Cultural del periódico *Hoy*. Santo Domingo, 17 de agosto de 1991.
23. Juan Bosch. Ob. cit. pp. 170-172.
24. Joaquín Balaguer. *Los Próceres Escritores*. Buenos Aires, Gráfica Guadalupe, 1971, p. 65.



*y en sus arrebatos de autobombo, como lo ha señalado ya el Dr. García Lluberes (...)*²⁵

Constituye una aberración señalar que la celebridad histórica de Luperón se afianza en su *Autobiografía*. Existen múltiples documentos de sus adversarios que le otorgaron esa preponderancia en los campos de batalla, no en la redacción de un libro.

Que la obra fue dictada y corregida, es indiscutible, ya que era una usanza (no desaparecida del todo) muy en boga.

El inmenso Libertador Simón Bolívar fue autor de diez mil cartas (publicadas en los seis tomos de sus voluminosas obras, como lo ubicamos en la edición promovida por el Gobierno Venezolano en 1983), la mayoría de ellas dictadas a escribanos, entre ellos: Juan Bautista Pérez y Soto; José Félix Sosa; Francisco Armedi; José Luis Ramos; Antonio Muñoz Tébar; coronel Pedro Briceño Méndez; Fernando Bolívar; Domingo Ascanio; coronel Diego Ibarra; Felipe Hernández; capitán Jacinto Martel; coronel José Gabriel Pérez; Carlos Ely Demarquet; coronel Juan Santana; coronel Guillermo Ferguson; etc.

Pocos se han atrevido a regatearle la autoría de estas cartas a Bolívar; sencillamente el Libertador no tenía tiempo suficiente para sentarse y disponer de todas las reglas que demandaban las normas de redacción, sólo exponía sus ideas que eran rápidamente transcritas por sus amanuenses. Eso era lo rutinario en personalidades de este tipo. Todavía hoy en día

25. Leonidas García Lluberes. "Miscelánea Histórica. (Extractos de los cuadernos de apuntes del historiador García)". *Clio* N° 115, p. 193. Ciudad Trujillo, Academia Dominicana de la Historia, 1959, p. 193.



muchos estadistas y ejecutivos de diversas índoles recurren a este método.

Luperón como Bolívar era un hombre de pensamiento y acción, sus constantes jornadas patrióticas no le permitían sentarse a redactar de modo impecable sus ideas, amén de su condición autodidacta; contrario a Bolívar que contó con profesores estelares como Simón Rodríguez, el joven Andrés Bello y José Ignacio Márquez de Ustáriz. Luperón sólo cuando alcanzó la fama de general patriota, recibió la colaboración de preceptores de la calidad de Manuel Rodríguez Objio, Ramón Emeterio Betances, José Gabriel García y Eugenio María de Hostos.

Es sumamente reducido el porcentaje de intelectuales que se han atrevido a cuestionar el epistolario de Bolívar, entre éstos se destaca el ilustre historiador español Salvador de Madariaga, quien impugnó las citas que acompañaban algunas de las cartas de Bolívar, llegando a escribir que:

“A pesar de la fanfarria de nombres de grandes pensadores que resuenan en sus cartas y conversación, cabe dudar de que hubiera estudiado con asiduidad los filósofos que cita”.²⁶

Se trataba de una majadería del eximio escritor español, quizá influenciado por resentimientos genéticos; Bolívar rico de cuna, tuvo el privilegio de contar con profesores exclusivos que lo instruyeron en el ámbito intelectual. Es posible que don Leonidas García Llubes quedara prejuiciado por esta percepción de Madariaga al enfiar sus cañones lingüísticos contra Luperón.

26. Salvador de Madariaga. *Bolívar*, Tomo I. Madrid, Espasa-Calpe, 1984, p. 161.



Que era “autobombo” escribir sus *Notas Autobiográficas*, quizás es posible, porque “olvidó” García Lluberés que al igual que muchos héroes de Latinoamérica, en las Antillas, principalmente en Cuba, la mayoría de sus héroes militares escribieron memorias de su participación en las jornadas patrias. En República Dominicana, Heureaux no redactó sus memorias, porque seguía su instinto cuando sentenciaba que no le importaba la historia porque no la viviría. Pero Luperón estaba consciente del rol social del hombre y procedió a fijar su posición ante el augusto tribunal de la historia.

Leonidas García Lluberés le imputaba el defecto de pronunciación denominado sigmatismo, o repetición desmedida de la letra “s”, por eso no podía pronunciar la palabra *Lilis*, sino *Lilises*.²⁷ Este cargo es cierto, pero en nada disminuye su vocación intelectual; todo lo contrario, lo acentúa, porque evidencia que sus limitaciones no fueron óbice para persistir con sus preferencias en el ámbito político-literario.

Estimo que los cargos de los hermanos García Lluberés contra Luperón tienen su génesis en diferencias que transitoriamente sostuvieron Luperón y el padre de ambos, José Gabriel García, en el ínterin de la lucha contra la tiranía de los Seis Años de Báez, como lo refleja una comunicación que le envió (desde Curazao) José Gabriel García al padre Meriño (que estaba en Barcelona) diciéndole:

*“No le mando el manifiesto que iba a dar Luperón porque no hay aquí sino un ejemplar. Está curioso, pues aunque lo escribió Mariano, lo corrigió Luperón y le dio su ortografía (...).”*²⁸

27. Leonidas García Lluberés. Ob. cit., p. 193.

28. Vetilio Alfau Durán (Ed.). “Epistolario de D. José Gabriel García”. *Clío* N° 92, p. 26. Ciudad Trujillo, Academia Dominicana de la Historia, 1952.



Se refería a un manifiesto de Luperón que él atribuyó su autoría a Mariano Cestero (enemigo de José Gabriel García), pero admitió que Luperón lo “*corrigió y le dio su ortografía*”; afirmación que no lo descalifica como escritor, sino que acentúa su condición muy particular de escribir.

A partir de este comentario, los hermanos García Lluberes dejaron entrever que Mariano Cestero era el autor de la mayoría de los trabajos de Luperón. Soslayaron que durante el Gobierno de Ulises Francisco Espaillat, Cestero y Luperón sostuvieron diferencias abismales que los distanciaron de modo permanente.²⁹

El héroe siempre admitió sus limitaciones intelectuales, como lo comunicó en diciembre de 1874 al redactor de *La Bandera Española* (en medio de una agria polémica) cuando replicaba a dicha órgano:

“Agradecemos sobremanera el laborioso trabajo que ha hecho la Bandera Española refutando unas veces, comentando y encomiando otras, nuestro escrito titulado Colón. Hemos leído con gusto los cinco editoriales que dedica a un asunto de tanta trascendencia: sólo sentimos que no sea tanta nuestra erudición histórica como las que afectaposeer, con más o menos propiedad, el articulista de la publicación mencionada, porque en ese caso nos complaceríamos en dar una contestación, tan profusa tal vez, como la que se ha servido regalarnos en los números indicados”.³⁰

29. Santiago Castro Ventura. *Andanzas Patrióticas de Luperón*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, p. 197.

30. Emilio Rodríguez Demorizi. *Escritos de Luperón*. Ciudad Trujillo, Imprenta de J. R. Vda. García Sucs, 1941, p. 131.



De manera evidente, con los señalamientos de testigos fehacientes del ámbito intelectual dominicano del siglo XIX como Bonó, Meriño, Vicente Flores, José Gabriel García, José Ramón López, Melitón Valverde, el padre Castellanos y Federico García Godoy, se demuestra claramente que Luperón tenía evidente capacidad intelectual y estaba dotado de una efectiva aptitud oratoria, aspectos confirmados por dos oficiales españoles que le antagonizaron durante la Guerra Restauradora. Esa postura declamatoria la imprimió en la redacción de sus *Notas Autobiográficas*. De ahí su prosa discursiva.

En la prensa de su época, Luperón desarrolló arduas polémicas con adversarios de sólida formación intelectual como Manuel de Jesús Galván, Alejandro Angulo Guridi, Mariano Cestero, Eugenio Deschamps, José Ramón López, Juan Vicente Flores, los hermanos Ortea, etc. Pese a las ásperas discusiones, ninguno de ellos lo calificó de plagiario.

Definitivamente, Luperón se forjó en la universidad de la vida, en esa embarazosa fragua aprendió a impugnar con las armas y las ideas a sus contrarios, que eran los antagonistas del ideal de independencia pura. Quien les habla lo hubiese preferido graduado de Harvard, pero los héroes no los podemos inventar de acuerdo con nuestro libre albedrío, las coyunturas concretas lo producen y a *Goyito* Luperón, un sencillo joven de Puerto Plata, sin linajes aristocráticos, las circunstancias históricas le consagraron como el continuador del ideal de nacionalismo radical preconizado por Juan Pablo Duarte, y en esa faena mucho le ayudó su espada, pero también el intelecto que debió cursar a la carrera en contra de todos los valladares que se le interpusieron.





Gregorio Luperón en su juventud.
Fuente: Archivo de Emilio Cordero Michel.

